

Carta Abierta a Los Amigos de Ludd

De Félix Rodrigo Mora

18-3-2010

Introducción.-

Por vez primera, públicamente al menos, se plantean las diferencias entre los distintos componentes de Los AdL y Félix Rodrigo Mora en el libro *"Antología de Textos de Los Amigos de Ludd"*, editado en diciembre de 2009 por *Muturreko Burutazioak* (Bilbao) y Biblioteca Social *"Hermanos Quero"* (Granada). En principio, esta carta tenía la intención de limitarse al estricto orden personal entre Félix y un componente de Los AdL. Sin embargo, muchos amigos y amigas han comentado la necesidad de abrir algo más el debate, básicamente porque lo referido en dicho texto aportaba más confusión que claridad en una discusión que interesa a todos. Solamente existen referencias vagas a ciertas "controversias" en el seno de Los AdL y desacuerdos "incubados", particularmente ilustrativa es la nota 4, al final de la "Introducción" del libro *"Antología..."*. Las diferencias se concretan, al parecer, en una cierta idealización por parte de Félix de la "vida comunal campesina", en sus posiciones de defensa del modelo de democracia auténtica en la experiencia histórica del concejo abierto, y en particular, por la línea política del conjunto de textos publicados en el libro *Naturaleza, ruralidad y civilización*, que, al parecer, según se cita por Los AdL "diverge en cierto modo de las posiciones que hemos defendido en los boletines", en particular la "insistencia en la idea de una revolución o de establecer una estrategia revolucionaria". Además de esto, la "injusticia" en el tratamiento político dado a autores como J.M. Naredo o J. Ellul. Todas estas cuestiones, por su importancia, necesitan ser aclaradas, suficientemente. De la carta original se han suprimido aquellas referencias de tipo personal.

Saludos X:

He preferido esperar a que estuviera publicada la recopilación de textos de Los Amigos de Ludd para retomar el debate.

Antes de entrar en él he de decir que estoy satisfecho con la Introducción que habéis hecho a *"Antología de textos de Los Amigos de Ludd"*, por su rigor y objetividad tanto como por su buen estilo, concisión y calidad literaria. Es cierto que en algunas de las materias expuestas mi opinión difiere, pero ello es un componente secundario en relación con el conjunto. Su lectura y relectura, así como una reflexión sostenida durante bastante tiempo sobre las cuestiones en debate, me ha llevado a una decisión bien meditada, que el objetivo de esta nota no es tanto volver sobre las diferencias que hay entre nosotros como abogar por una mayor participación tuya en la vida intelectual, política y social. En efecto, los acontecimientos de los últimos meses me han reafirmado en una convicción que tengo desde hace mucho: es necesario, que vuelvas a tener una intervención más activa en la reflexión y acción transformadora del orden social. Dicho de un modo más coloquial, te necesitamos.

En efecto, el proyecto de Los Amigos de Ludd es de una significación notable, por su voluntad de realizar una obra reflexiva bien hecha, duradera y trascendente, en un asunto arduo y de primera importancia, lo cual fue obra tuya y de Z, a la que luego, de un modo accidental y periférico nos fuimos sumando otros. Por eso me incorporé a él, cuando ya habían salido dos números, y pasados algunos años, me reafirmo en mis convicciones de entonces. De manera que mi primera intención con esta carta es proporcionar argumentos para que vuelvas a ocupar el importante lugar que te corresponde en la difícil tarea de elaborar ideas innovadoras, en un momento en que nuestra sociedad se colapsa por culpa del dogmatismo, la repetición de tópicos, la estatolatría y el conformismo.

El tratamiento a dar a las contradicciones.

Una vez te dije que disiento del pensamiento crítico porque la función decisiva del entendimiento humano es buscar la verdad, no recrearse en la crítica, y cuando ésta

se realiza ha de ser a partir de la verdad, es decir, como un segundo actuar. Por tanto, no me apasionan las controversias, que a menudo aclaran poco y, además, dividen y enfrentan a las personas. El pensamiento crítico adiestra en fijar la atención, sobre todo, en lo negativo del otro, en vez de en lo positivo y negativo al mismo tiempo, por lo que es causa permanente de atomización y desintegración, haciendo muy difícil la vida colectiva, sin la cual estamos derrotados de antemano. En “*Naturaleza, ruralidad y civilización*” expongo mis convicciones convivenciales y en la vida cotidiana procuro atenerme a ese ideario, que lleva a considerar lo positivo junto con lo negativo en los otros (colectivos e individuos), siempre que ello sea objetivamente posible. Cuando no hay diferencias la convivencia es fácil, por ello la clave está en cómo actuar en aquellos casos en que hay disconformidades de importancia, por sí, por la significación que se las otorgue o por ambas causas.

En las actuales condiciones, cuando los sistemas de poder en curso han logrado colosales y múltiples victorias, y cuando las fuerzas que resistimos y nos oponemos al orden establecido somos más débiles e inermes que nunca, es imprescindible que sepamos tratar los desacuerdos entre nosotros con voluntad de concordia, sin minimizarlos, cierto, pero sin darles una importancia que quizá no tengan. No hay duda de que, ahora más que en cualquier otro momento histórico, nos necesitamos los unos a los otros, de donde se concluye que debemos operar juntos a pesar de las divergencias.

Por ello, cuando Z y tú me comunicasteis que no deseabais trabajar conmigo en la presentación de “*Antología...*”, por las diferencias existentes, me sentí bastante apenado, pero entendí la negativa como algo puntual, que podría resolverse por medio del esclarecimiento amistoso de las respectivas posiciones. También, he de añadir, consideraré tal explicación poco coherente, pues si habíamos hecho el libro juntos ¿cómo entender que no pudiéramos difundirlo juntos?.

Los acuerdos y desacuerdos se van hilando, en el interior de cada individuo, en los grupos y en el conjunto de la vida social conforme a normas ineluctables: lo que se pensó y defendió ayer hoy ya no convence del todo, pues nadie es por completo homogéneo, y nuestro pensar acaece en el tiempo, por ende, con sujeción a las leyes del cambio. Únicamente el pensamiento dogmático se tiene por eterno e inmóvil, pero en la historia no hay ni un sólo sistema doctrinal que no haya padecido la erosión de la temporalidad, que no se haya visto obligado a modificarse, esto es, a admitir que al menos una parte de sus contenidos de antaño no es aceptable hogaño¹.

En segundo lugar, dado que lo deseable es una sociedad libre, con pluralidad y diversidad, nuestro obrar colectivo ha de hacerse con todos aquellos que tenemos coincidencias fundamentales concretas mínimas, no sólo con quienes lo compartimos todo en el ámbito de las ideas. Esto es también necesario para acumular fuerzas hoy, contra el sistema de dominación. Nunca he ignorado que, desde el principio, entre vosotros y yo había diferencias notables, por ejemplo, vuestro rechazo de la noción de revolución, tomado de Ellul y explicado en la entrevista de Ekintza Zuzena famosa, pero entendí que eso debía ser relativizado, pues de lo que se trataba era de trabajar unidos para asestar un buen golpe a la tecnolatría, poniendo las cosas en su sitio en este ámbito, y ya habría tiempo después de considerar las cuestiones en que no

¹ Por ejemplo, una primera redacción de mi libro, por fin publicado, “La democracia y el triunfo del Estado” te lo pasé, aunque con otro título, hace más de 4 años. Tú me hiciste objeciones en buena medida acertadas, que he incluido en la redacción final. Otros amigos y amigas hicieron lo mismo, de manera que el texto finalmente publicado ha sufrido una transformación de importancia, que lo ha mejorado. Parte de lo que en aquella redacción expuse hoy ya no lo defiendo, y eso es lo normal. Por cierto, te entregaré un ejemplar del mencionado libro cuando nos veamos, y otro para Z.

coincidiámos. Por eso, no dramaticé los contenidos de aquella entrevista, sólo me di por enterado de vuestro enfoque.

En definitiva, se logró la meta concreta buscada, y la publicación de “*Antología...*”, con sus deficiencias (han quedado trabajos fuera de calidad, como os dije, en particular alguno de Y), prueba que hemos logrado poner los cimientos para un tratamiento objetivo del hecho tecnológico, sin caer en derivas absurdas, como el primitivismo. Esto es de enorme importancia.

Tras vuestra negativa a obrar en común considero que existe la influencia de los errores de Ellul. Éste realiza una reprobación de la tecnología más doctrinaria que concreta, convirtiendo sus conclusiones en una suma de verdades eternas que se deben defender y preservar, cuando lo deseable es el análisis concreto de las realidades técnicas, haciendo de su crítica un quehacer dinámico, ceñido a la realidad y fluido. Observo en tus planteamientos últimos una actitud meramente defensiva, sobre todo en relación con la obra de aquél, que no es acertada. Lo que importa, en definitiva, no es lo que dijo tal o cual autor, sino la realidad. Sobre ello nos podemos unir, pero los debates acerca de los contenidos doctrinales nos suelen separar.

Mi criterio último se concreta en que es necesario formar un bloque de las fuerzas realmente antisistema, en el que debe haber pluralidad, variedad y libertad, unificado por unos cuantos puntos mínimos, en concreto hacer avanzar la acción transformadora hasta constituir una sociedad libre del Estado y del capitalismo, con libertad equitativa para todos. Ello significa poner fin al dominio de la tecnología.

Las diferencias.

Creo que se sitúan en cuatro puntos: 1) la idea de revolución; 2) la valoración de la obra de J. Ellul, 3) la valoración de la obra de J.M. Naredo, 4) el juicio sobre el mundo rural popular tradicional. En realidad, el cuarto tiene una importancia mínima, y sólo lo cito porque se menciona en la Introducción de la “*Antología...*”, si bien entiendo que es un tema ya resuelto². Lo primero que se observa es que las diferencias no son tantas, en comparación con las coincidencias: el libro común tiene 19 apartados y en lo sustantivo de ellos coincidimos, por tanto, quizás sobrevaloras los desacuerdos, en lo cuantitativo tanto como en lo cualitativo. Eso es bastante obvio en el caso de Naredo, un autor con méritos o deméritos que no dan de sí, objetivamente, para enfrentarnos.

Sobre Ellul, cuyos textos son de mucha mayor entidad, existen, en efecto, posiciones encontradas, pero no tienen la gravedad que tú le atribuyes. Primero, porque no niego su obra en su totalidad sino sólo lo que tengo por erróneo en ella, hasta el punto que de vez en cuando realizo citas laudatorias de sus escritos concretos, en la crítica de la tecnología y también en el terreno de la política, e incluso del arte (por ejemplo, suscribo sus juicios sobre el cine y el surrealismo). Esto es lo normal con cualquier autor, pues ninguno tiene el monopolio de la verdad, y con todos debemos adoptar un enfoque atento y ponderado, no devoto y entregado, considerando la verdad concreta, definible desde la realidad y no desde las teorías, como lo más valioso, y los escritos de éste o el otro como meras aproximaciones a una verdad que, a menudo, es harto difícil de aprehender.

Opino que Ellul, además, realiza una crítica especializada de la tecnología, ignorando el contexto real en que ésta se da. En efecto, no otorga la importancia debida

² La entrevista en “*Agenda viva*”, verano 2009, se refiere a ese asunto, y mi respuesta contraria a toda idealización de ese orden social es clara y firme, por tanto tengo por innecesario volver a tocar aquí la cuestión. Admito que hace años sí hubo algo de ello, pero precisamente vuestras observaciones, entre otras influencias y reflexiones, contribuyeron a que alcanzase una apreciación más objetiva e imparcial de dicha materia.

a los problemas políticos, históricos (no sabe gran cosa de historia, y lo peor es que no le interesa), filosóficos, mediáticos, militares y económicos. Al ser un profesor-funcionario es un experto en una materia considerada de manera abstracta, en este caso la tecnología. Pero no es posible realizar una reprobación especializada a la tecnología, pues ésta es desarrollada por expertos, y presupone una sociedad en la que éstos dominan, lo que viene a significar que se afirma de facto lo que se niega de palabra. Sólo una crítica no-especializada del hecho técnico, plural, integral y holística, puede llevar lo bastante lejos su consideración negativa.

El error de Ellul desemboca en algo que no puedo admitir, las prácticas movimentistas en este terreno, esto es, crear un movimiento anti-tecnológico y anti-desarrollista que se especializa en tales cuestiones e ignora el todo, a imitación del ecologismo, el feminismo, el pacifismo y otros. En particular, es negativo el apoliticismo de una buena parte del movimiento anti-tecnológico, error que en Los Amigos de Ludd adoptó un carácter moderado, no muy importante (hay textos políticos en los Boletines), pero latente y a menudo visible.

Ellul, y sus seguidores, incluido Kaczynski, someten la realidad a un proceso de reducción, diferenciación y troceamiento. Hacen de la técnica, que es sólo una parte de la experiencia humana, el todo. Ignoran que además de la dominación técnica existe la dominación política (esto en el autor de *“La sociedad industrial y su futuro”* es un error colosal), la dominación intelectual, la dominación religiosa, la dominación mediática, la dominación escolar, la dominación policial-judicial, la dominación militar, la dominación económica, y algunas más. Al hacerse especialistas en combatir sólo una de ellas, ignorando y, de hecho, dando por buenas, el resto, siguen el ideario de Descartes sobre el tratamiento parcelado, especializado, de lo real. Pero Descartes es el filósofo de la primera modernidad, su método sirve a éste y, por tanto, es el de la técnica y la ciencia ortodoxa. Esto muestra que la ruptura de los anti-tecnológicos con la modernidad y el progresismo, de los que la técnica es una concreción y un desarrollo, es parcial e incompleta.

Ellul fue, además, incoherente en sus escritos. Por un lado culpó al Estado del desarrollo de la técnica, pero por otro se negó a realizar la crítica del sistema político de dominación, el constitucional, parlamentario y partitocrático (“democracia”, en la jerga oficialista). Finalmente, Ellul se hizo servidor explícito del aparato estatal, en un episodio muy lamentable que, al parecer, desconoces. En su libro *“Contra los violentos”*, Madrid 1980 (la primera edición francesa es de 1969)³, en el “Posfacio”, pág. 197, expone que *“en 1976 el Presidente de la República creó una comisión de estudios sobre la violencia (con el fin de preparar nuevas leyes). Yo formé parte de dicha comisión, en la cual trabajamos con seriedad durante dos años”*. En primer lugar diré que Ellul es sincero al desvelar este episodio, que podía haber ocultado, lo que le

³ Aunque en un lenguaje sibilino, entre líneas se entiende que Ellul considera “violentos” a los izquierdistas del mayo francés del 68 y su libro, publicado un año después en su primera edición, forma parte de la ola de vituperios de “la violencia” que surgió en esas fechas. Aprecio bien poco el radicalismo izquierdista de la época, pero hay un abismo entre eso y tomar partido por la policía. Por otro lado admito la violencia justa, apropiada para combatir la tiranía política, como ya defendió en el siglo XVI Juan de Mariana al hacer apología del tiranicidio, uno de nuestros grandes clásicos. Ellul, al ocultar esto, al sostener, por ejemplo, que el primer cristianismo era “pacifista”, desbarra... en beneficio del orden constituido. Sin embargo, al ser un autor tan contradictorio, tiene una obra de notable calidad, y actualidad, *“Traición a Occidente”*, 1975, que no citáis (debido, supongo, a que no se ocupa de la tecnología), pero cuya lectura te recomiendo. Deseo apoyarme en ella para combatir el nihilismo cultural que prevalece ahora en los ambientes anti-sistema. Dicho con claridad: coincidí con Ellul en defender la gran tradición cultural occidental en sus aspectos positivos contra quienes la niegan desde posiciones “internacionalistas”, multiculturales y tercermundistas.

honra. Pero la otra cara es que no puede admitirse su asistencia a una comisión cuyo propósito era reforzar el aparato coercitivo del Estado, el legal, como reconoce y a mi juicio también el policial, pues el informe que elaboraron, “Respuestas a la violencia”, debió difundirse por todos los cuerpos represivos, al nivel de jefes, como es habitual.

Ellul olvida que “los violentos” son en primer lugar los dominadores, el ejército, la policía y el poder judicial, no los grupos anti-sistema que arrojan piedras o cócteles Molotov en las manifestaciones, ni los delincuentes sociales. Las causas de esta colaboración con el aparato represivo de nuestro autor deben ser investigadas en sus obras.

Dos son, creo, las razones de tan reprobable obrar. Una su apoliticismo, que le lleva a señalar lo innegable, que el Estado promueve decisivamente la técnica, pero no a ahondar en el problema. Otra su rechazo de la revolución, en “*¿Es posible la revolución?*”. De ambos errores, graves, se puede deducir su colaboracionismo con la fuerza número uno de la reacción, con el sistema de dominación por excelencia, el Estado, del cual depende lo más sustantivo de la realidad técnica, pues no se puede olvidar que el 50-70% de los técnicos e ingenieros trabajan para los ejércitos (quizá en Francia, más), dato que Ellul no ignoraba, seguramente, pero que prefirió obviar, en sus escritos y más aún en sus compromisos políticos y funcionariales.

Lo expuesto no niega los méritos de Ellul, no, pero es algo extraordinariamente grave, que muestra cual es el final político de quienes se dejan envolver por visiones de especialistas, tienden a minusvalorar el aparato estatal y niegan la revolución. El dato lo conozco desde hace años, y eso no me ha impedido otorgar la razón a este autor en lo que la tiene, ni citarle favorablemente en concreto, pues no deseo hacer de este desafortunado asunto un todo para satanizarle. Pero, por otro lado, no puedo aceptar a nadie que coopere con el aparato represivo de un modo tan contumaz y continuado. Si el Estado es la matriz principal de la tecnología, cooperar con él es ser pro-tecnológico en lo más profundo. Del mismo modo, si la revolución es lo que puede poner fin al Estado, oponerse a la revolución, como hace él, es proteger la causa última concreta más importante de la técnica. Por tanto Ellul es al mismo tiempo, anti-tecnológico y pro-tecnológico. Yo me quedo con la primera parte de su obra, pero estimo que tu no logras diferenciar lo primero de lo segundo con suficiente rigor.

La cuestión de la revolución.

Esta materia nunca la debatimos. Yo leí “*¿Es posible la revolución?*” de Ellul porque vosotros me lo pasasteis (no lo conocía), e incluso se hizo un folleto de Los Amigos de Ludd con un capítulo de ese libro, antes de llegar yo al colectivo, creo recordar.

Mi opinión de ese libro es desfavorable. No profundiza, se pierde en insignificancias, literaturiza los problemas, muestra la ignorancia de su autor en temas históricos y no responde a las cuestiones fundamentales. Incluso el título es desafortunado, pues no se trata de saber si la revolución es “posible”, enfoque pragmático que no lleva lejos, sino si es imprescindible, esto es, si tiene que ser considerada como acontecimiento necesario para resolver los problemas más importantes de la sociedad. Que sea imprescindible (lo que se deduce de un análisis fáctico) no significa que sea posible, o realmente sucedera. Tal vez jamás llegue a realizarse (es lo más probable) pero no es prudente, en lo intelectual y moral, renunciar a ella, pues en caso de hacerlo: a) los problemas principales de nuestro tiempo no tienen solución, ni siquiera en el ámbito de las ideas, b) se puede terminar, como Ellul, cooperando con el aparato represivo contra “los violentos”. En efecto, no hay una

tercera posición, o se está contra el orden constituido con un proyecto de creación de otro cualitativamente diferente, o se está con el sistema político de dominación.

En la oposición a la tecnología la renuncia a la revolución lleva a un criticismo sin perspectivas estratégicas, que se reduce a denunciar, vituperar y maldecir los objetos y sistemas técnicos y se prohíbe pensar en un orden social futuro no tecnológico. Este error se dio matizado y disminuido en Los Amigos de Ludd. Yo redacté el trabajo “*Por una sociedad desindustrializada y desurbanizada*”, con el que estuvisteis de acuerdo Z y tú, pero con el que discrepó Y. En él, la cuestión de un nuevo sistema social queda puesto sobre la mesa, aunque de manera elemental tan sólo, pero este pequeño texto no tuvo continuidad y quedó aislado y sin consecuencias⁴, asunto del que también yo soy responsable.

Volviendo a Ellul, su libro antes citado tenía alguna significación cuando se escribió. Entonces la idea de revolución dependía de un izquierdismo tremebundo, que la concebía, con escasas excepciones, como un proceso brutal de estatización a viva fuerza. Es comprensible que Ellul se apartase de ella, pero ahora el izquierdismo de entonces ya no existe (los exiguos rescoldos que aún perviven están agonizando y carecen de prestigio social, de manera que su destino es la total extinción), la situación política es otra, y la idea de revolución está olvidada. En este contexto mi criterio es que ésta debe ser repensada y reformulada.

En efecto, una vez que estamos de acuerdo en repudiar los procesos revolucionarios del pasado, en lo que tuvieron de progresistas, desarrollistas, tecnoentusiastas, policiales, coactivos, ajenos a la idea de libertad, así como en lo que evidenciaron de erróneo y desatinado, es necesario que avancemos en la reflexión sobre qué orden político, jurídico, cultural, convivencial y económico consideramos mejor para la realización de los grandes ideales de libertad, autogobierno, verdad, convivencia, vida hermanada, colectivismo, liberación de la tecnología, realización a un nivel superior de la esencia concreta humana, rectitud moral y restauración del medio natural. Además, debemos pergeñar una estrategia para alcanzar tal fin. Como antes he dicho no es lo más decisivo que ello sea o no suceder, que pueda acaecer alguna vez o quede para siempre como meta no realizada. Lo fundamental es que sólo considerando como fin estratégico e histórico un orden social diferente en lo sustantivo al actual podremos, aquí y ahora, tener una línea de conducta y preconizar un sistema de ideas que nos permita ser diferentes de hecho, y no sólo diferentes de palabra, al orden vigente.

No me cabe duda X, que no deseas vivir bajo el actual orden. Pues bien, pensemos en otro diferente en lo más medular, y el proceso para llegar a él es una revolución, en el sentido más habitual del término. No importa si no apetece usar este vocablo, es cierto que demasiado baqueteado y manoseado, pero lo importante es la noción misma: una realidad social cualitativamente diferente, con libertad razonable, por tanto libertad para prescindir de la tecnología, que en lo más sustantivo es imposición del Estado y el capital.

Insistiré en la cuestión de la especialización en Ellul, problema tremendo que afecta a casi todos los críticos de la técnica. Dado que ésta es, sobre todo, cosa de los ejércitos (así se manifiesta desde el siglo XVIII, por no remontarse al imperio romano), el desentenderse del estudio del Estado, y el encerrarse en la torre de marfil de la especialización a ultranza, ignorando las cuestiones militares (o adoptando ante ellas un falso enfoque pacifista que lleva a apoyar la violencia estatal y a vituperar todas las demás), la crítica de la tecnología entra en un callejón sin salida, al carecer de

⁴ Es curioso que a pesar de estar recogido en mi libro “*Naturaleza, ruralidad y civilización*”, aparezca también en “*Antología...*”, decisión que tomasteis vosotros.

perspectivas políticas. Entiendo que ello estuvo en la base de la disolución de Los Amigos de Ludd.

El asunto Naredo.

Cuando publiqué *“Naturaleza, ruralidad y civilización”* me enviasteis cartas incidiendo en los aspectos positivos de la obra, al principio, pero luego fuisteis centrando más y más en mis críticas a J.M. Naredo, que rechazabais, hasta que al final ya apenas había más asunto que éste. Pero, al considerar el conjunto, tus coincidencias conmigo son muchas más que las divergencias.

Alegas que Naredo ha hecho aportaciones de importancia a la comprensión de tales o cuales cuestiones medioambientales, de análisis económico y otras. Yo no pretendo negar lo que de positivo tenga la obra de aquél (aunque esto lo considero mucho menos interesante y valioso que tú), sólo enfatizo un hecho, que Naredo forma parte del aparato exterior de la socialdemocracia, del PSOE. Ello no le descalifica del todo, como no descalifica a Ellul su colaboración con los cuerpos represivos, pero es un asunto de notable gravedad.

Te molesta que le vincule con Joaquín Leguina, por un libro de hace mucho, elaborado conjuntamente por ambos, pero olvidas que en 1989, Naredo, junto con otros dos autores, publicó *“Madrid, una megalópolis en busca de proyecto”*⁵, justo cuando era presidente de la Comunidad de Madrid el mentado Leguina (lo fue entre 1983 y 1995), un personaje turbio donde los haya, que alguna prensa vinculó a los GAL, al ser íntimo del según aquélla jefe de éstos, Felipe González⁶. La obra citada, de Naredo y colegas, se propone, más o menos, orientar el quehacer de Leguina como presidente, lo que es un ejemplo de colaboracionismo que no puede ser admitido, no sólo por el aciago pasado de éste sino porque el PSOE ha sido el principal partido del Estado y del capital desde el fin del franquismo hasta nuestros días, esto es, el enemigo fundamental de todo proyecto de transformación radical del orden constituido, también el agente principal en lo político, de la militarización, la ideología tecnolátrica y el desarrollismo. No es posible estar en contra de la técnica, poco o mucho, y a favor del PSOE. No es posible, finalmente, acercarse a la socialdemocracia sin quedar salpicado de lodo y sangre.

Dices que no conozco el libro de Naredo (alias Aulo Casamayor) *“Por una oposición que se oponga”*, pero no es así. Debido al respeto y afecto que te tengo incluso he leído tal libro en dos ocasiones bastante alejadas una de otra en el tiempo para estar más seguro de mis puntos de vista. En su pág. 160 se declara Naredo cercano al jacobinismo, al que tilda de “sinceramente demócrata”. El jacobinismo es pre-fascismo, militarismo, desarrollismo, fe en el Estado policial y apología del crimen de Estado, culto por la técnica y rechazo de cualquier revolución popular, además de una forma bastante agresiva de progresismo. El jacobinismo, también, es el principal responsable de la matanza de la La Vendée, en Francia, un acto de genocidio atroz, con unas 170.000 personas asesinadas. Asimismo reivindica Naredo, para el final del

⁵ También es co-autor de “Textos sobre sostenibilidad” (2 vols.), 2005. No necesito recordar que estoy en contra de la tesis socialdemócrata de “la sostenibilidad” de las ciudades, que ha devenido en una mera frase para tranquilizar conciencias, utilizada con profusión por los nuevos desarrollistas pro-megalópolis, esto es, los nuevos reaccionarios. Creo que deberías definiros sobre este asunto, para mí crucial, como aparece en *“Naturaleza, ruralidad y civilización”*.

⁶ Es curioso que Leguina haya tenido también tiempo para colaborar con el franquismo, pues su currículo dice que trabajó como “Asesor Demográfico de la Comisaría de los Planes de Desarrollo I y III”. Incluso editó un libro bajo aquél, “Estudio sobre la población española”, en el marco del III Plan de Desarrollo franquista, aparecido en 1972, elaborado con otros autores. Es por tanto franquista y socialdemócrata al mismo tiempo, como la mayoría del PSOE. En efecto, su culto fanático por el Estado empuja a este partido hacia el fascismo y, con él, a los que no saben o no quieren romper con la estatolatría.

franquismo, la “ruptura democrática”, es decir, el mantenimiento del Estado y el capitalismo con procedimientos similares a los del PC Francés en 1944-1947, en un régimen partidocrático y parlamentarista, cuando lo apropiado en política es estar por un sistema de gobierno popular en asambleas omni-soberanas, como expongo en “La democracia y el triunfo del Estado”. En tal aserción Naredo se manifiesta como un defensor del régimen vigente de dictadura política, por tanto como un anti-revolucionario.

Lo que caracteriza a Naredo es su estatolatría, que le ata a la socialdemocracia. Expone, en el libro citado, que el Estado encarna “la voluntad general”, esto es, defiende la idea de que lo público y el Estado son la misma cosa, formulación absurda y temible (precisamente Ellul, en algún momento de lucidez, la refuta con ingenio y eficacia), que hace del Estado franquista también una realización de “la voluntad general”. Eso le lleva ahora a preconizar que la agricultura ecológica, sometida a los reglamentos de la UE y que incluso admite los transgénicos, es la solución a los males medioambientales, y a exigir más intervención estatal en ella, asunto que no es un mero error sino una declaración política que le arroja en los brazos del Estado, y le convierte en agente político de éste, por tanto, de la técnica, efecto necesario de la existencia de ente estatal.

En el libro, como Anexo 1, viene un documento singular, “Bases para una reforma agraria moderada en el sur de España”, al parecer redactado por J. Martínez Alier, que Naredo suscribe. En él se defiende, para los años 70 y 80 del siglo pasado, una intervención estatal a gran escala en la agricultura del sur, con la expropiación de 5 millones de hectáreas, que luego serían redistribuidas. Esto presenta al Estado como la potencia salvadora del campesinado, cuando en realidad ha sido, desde hace siglos, el peor de sus verdugos. Por lo demás en tal proposición nada hay de original, pues ya fue preconizada por algún autor de la primera mitad del XIX. Si el Estado nos salva ¿cuál es nuestra función como seres humanos? En efecto, toda acción “benefactora” del artefacto estatal nos convierte en objetos, nos cosifica o reifica, al negarnos la capacidad de obrar e intervenir autónomamente, por nosotros mismos. Eso por un lado, por otro, tal operación, en caso de realizarse, otorgaría al Estado un poder colosal en el agro, convirtiendo a la rural gente en neo-siervos suyos, como acaeció en la Unión Soviética con la “colectivización” de 1929-1933. Pero la realidad es que no se hizo, y jamás se podría haber hecho, porque más allá de las ocurrencias de los profesores-funcionarios están los intereses fundamentales del par Estado-capital, que preconizan otras fórmulas, menos estafalarias, como han mostrado los hechos.

Naredo tiene otra obra que bendice, por omisión, la agricultura franquista, “La evolución de la agricultura en España (1940-2000)”, libro superficial y vacío, que nada dice por sí misma pero que contiene una admisión implícita de lo que el franquismo hizo en el campo, lo que es terrible. He de confesar, que cuando la leí me indigné un poco, al mismo tiempo que me escandalizó su superficialidad y falta de contenidos, lo que es común a los trabajos de este autor, dejando a un lado su idea fija, que el Estado es la expresión del bien político, económico y social. En ese marco, que se declare “libertario” y que incluso cite alguna vez a Bakunin no tiene importancia, pues ¿qué clase de anarquismo es el suyo que lo espera todo del ente estatal y nada de la acción autónoma y revolucionaria de la gente común? Asimismo, nunca hace una diatriba seria, creíble, contra el parlamentarismo, aunque sí del PSOE de Felipe González, que se ha de entender como una crítica de ciertas políticas concretas del primero (hubo un momento que la mitad o más del PSOE se oponía a González, al estar desahuciado políticamente). Su pintoresco proyecto de estatizar 5 millones de hectáreas sólo era realizable desde el parlamento, por la cooperación del PSOE y PCE, por tanto, dejando

a un lado algunas frases demagógicas, es partidario del actual sistema político. Lo mismo sucede con su apología de la agricultura ecológica.

Incluso el título del libro, “*Por una oposición que se oponga*”, editado bajo el gobierno del PP, en 2001, lo que demanda es que se oponga en el parlamento, esto es, que el PSOE y su patético escudero, IU, se hagan más “radicales” en las Cortes. Finalmente, la escisión que sufrió el BAH! de Madrid hace casi dos años estuvo ocasionada por un grupo que se aproximó a IU en el ayuntamiento de Rivas, y sus formulaciones tenían a Naredo como mentor, hasta el punto de que mi libro, “*Naturaleza,...*”, conoció críticas de ese colectivo por oponerse a dicho autor.

Creo, X, que no comprendes bien lo terrible que es la ideología socialdemócrata hoy, sus muchos puntos de penetración e influencia en el mundillo que se dice radical, a través de los profesores-funcionarios supuestamente anti-sistema. Poner fin a esta cuestión, cortando amarras con la estatolatría, que es gran mal de nuestro tiempo, exige muchos esfuerzos, entre ellos la crítica de lo que Naredo hace y dice, aunque no de todo, por supuesto, únicamente de lo que es desacertado. Ahora vivimos una efervescencia de culto por el Estado, a causa del movimiento “antiglobalización”, del feminismo de Estado y del ecologismo ortodoxos, lo que niega no sólo toda perspectiva revolucionaria sino que además nos condena a la pasividad, a esperarlo todo del Estado, amoldándonos a sus proyectos y estrategias. Terminar con esta situación es muy urgente.

Sobre la disolución de Los Amigos de Ludd.

Como recordarás, me opuse al principio a la idea de poner fin a la existencia del colectivo. Luego, tú me persuadiste que era lo mejor y la actividad terminó en 2007. Posteriormente he reflexionado sobre este episodio y creo que sus causas provienen del errado enfoque de Ellul, compartido por casi todos los autores anti-tecnológicos. Te he de adelantar que ahora pienso que deberíamos haber seguido operando, aunque con otro sentido, por ejemplo, realizando trabajos de envergadura (algo de esto hablamos, pero luego nada hicimos) como un análisis de la relación entre tecnología y ejércitos, por tanto, entre tecnología y ente estatal, que seguramente es la clave de todo.

El enfoque especializado y “apolítico” de Ellul mete a la crítica antitecnológica en un callejón sin salida. Su reduccionismo, sus simplificaciones, su negativa a dotarse de una visión integral, su oposición a proyectar un fin buscado a la sociedad de la imposición de la técnica y su rechazo de la idea misma de revolución, unido a su mendaz “pacifismo” y a su culto por lo institucional (en particular, por los aparatos de constricción), hacen inviable una actividad consecuentemente combativa contra la técnica, es más, llevan a la liquidación a medio plazo de los colectivos que se dejan ganar por tales proposiciones, como se puede observar no sólo en nuestro caso sino en otros, incluidos los grupos primitivistas. De ese modo Ellul, al mismo tiempo que critica la técnica, la protege pues hace inviable una lucha consecuente contra ella. Ésa es su contradicción interna principal.

Termino ya. Hay mucho que hacer, X. Te necesitamos.

Recibe un abrazo muy fuerte de tu amigo y admirador,
Félix Rodrigo Mora